

Función diferenciadora parental

Matriz de la alteridad y de la diferencia sexual



EMA PONCE DE LEÓN¹

DESDE LA CLÍNICA

Mi punto de partida para esta reflexión es la importancia de trabajar con los pacientes, especialmente en la relación padres-hijos, el aspecto narcisista de los vínculos. Aparece signado por la búsqueda de lo idéntico, lo espejular, la negación de la separación y de las diferencias en múltiples planos: de los cuerpos, de los psiquismos, de las ideas, de los comportamientos, de lo generacional, y podemos seguir enumerando un abanico de planos que involucran semejanzas y diferencias. El registro y la incorporación de semejanzas y diferencias en la percepción del mundo conduce a las vicisitudes en el reconocimiento de lo que nos hace humanos: el plano de identificación con el otro, con el semejante, pero también la alteridad, la noción de que el otro es otro. Esto abre una paradoja: la constitución del psiquismo propio, la emergencia del lenguaje y la cultura; tiene una doble cara de apropiación singular y única de lo que viene de un otro distinto, y esto hará marca en el empeño siempre escurridizo de la comunicación. Apuntalada en este doble andamio entre lo semejante y lo diferente, el reconocimiento de la alteridad es una tarea dolorosa y compleja que comienza con el nacimiento y plantea dificultades a lo largo de toda la vida.

Este tema se vuelve especialmente importante en la sociedad contemporánea, que se debate entre intentos de borrar las identidades culturales

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. ema.pdl@gmail.com

a través del consumo masificado y global, y la proliferación de ideologías que aspiran a destruir lo diferente, lo extranjero, lo ajeno, encubiertas en discursos religiosos o políticos, como emergentes socioculturales de una profunda intolerancia a las diferencias de todo tipo. No es difícil advertir en esto una circularidad que se retroalimenta, unos pondrán la causa donde otros ponen las consecuencias. De todos modos, podemos afirmar que hay un nivel de determinación social que empuja a los individuos al rechazo a lo diferente, ofreciendo la seguridad, la armonía y el confort que brinda la pertenencia a un determinado grupo, bajo el atractor de la «comunidad» social sin fisuras. De qué forma se conjugan el nivel social y el individual excede el objetivo de este texto, simplemente señalamos cuán intrincados están. Cuando se fragiliza el equilibrio narcisista en el individuo o los grupos, un camino frecuente es el despliegue del odio, buscando arrasar todo lo que cuestione las bases identitarias frágilmente armadas, carentes de las necesarias inscripciones de la heterogeneidad del mundo y de los otros, portadoras de un pensamiento único, que no da cabida a la diversidad y a su inclusión. Las transacciones sociales creativas solo pueden emerger de la confrontación con la complejidad de lo diverso y la capacidad de renuncia a ciertas metas del narcisismo individual.

Es por ello que, en el ámbito del consultorio, el trabajo analítico de construcción de diferencias, que pivotea siempre entre lo intrapsíquico y los vínculos, tiene un carácter ético. Exige un trabajo psíquico del analista en su posicionamiento frente a lo diverso del paciente, de los propios prejuicios ideológicos, para dar lugar a una alteridad que se funda en una tensión dinámica, entre la capacidad de identificación y el respeto a lo diferente del otro, entre las tendencias libidinales y el odio al prójimo.²

Estas dificultades constituyen un eje esencial del trabajo clínico, en una posición que bascula entre la comprensión y la confrontación con lo

2 Freud introduce, en el *Proyecto de psicología* (1950 [1985]/1986), lo que designa como «complejo del prójimo» o «complejo del semejante» (*Nebenmensch*). Describe así la dualidad de la experiencia perceptiva primaria en la cual el otro aporta la noción de lo semejante a través de lo que resuena en el cuerpo propio, y al mismo tiempo la noción de lo ajeno, «la cosa del mundo» (*das Ding*). En este nivel de la experiencia, lo ajeno se traducirá en lo hostil del objeto y lo semejante en lo que calma la necesidad y la angustia. Esta dualidad de la experiencia con el otro, señala Freud, es la fuente del *discernimiento*, del pensar.

semejante y lo diferente, que permite cercanías y distancias, estableciendo una ritmicidad entre ambos polos, en dirección a una más plena subjetivación de la experiencia en los pacientes.

Por lo tanto, es una búsqueda de conceptualización de un vértice esencial de la clínica, que está en el fundamento de la constitución psíquica y la sexuación, y, en consecuencia, de la intersubjetividad. A este vértice podemos designarlo de un modo general como «el reconocimiento de las diferencias», y prefiero usar el plural para no perder la idea de la multiplicidad de registros que supone.

Mi concepción de intersubjetividad se acerca a la desarrollada por Kaës (2007), quien sostiene que el sujeto se constituye como sujeto del inconsciente en un espacio común, compartido y diferenciado entre dos o más sujetos: «la cuestión de la intersubjetividad consiste en reconocer y articular dos espacios psíquicos parcialmente heterogéneos dotados cada uno de lógicas propias»³ (p. 8).

DEFINICIÓN Y USOS DEL TÉRMINO *DIFERENCIA*

En nuestra cultura, el término *diferencia* evoca distintas connotaciones semánticas. Establecer diferencias supone un proceso cognitivo o sensorial para determinar lo igual o lo idéntico frente a lo desigual, lo dispar, lo diverso, el desnivel, la desviación, lo discontinuo, el contraste, el gradiente, el abismo, etc. También se utiliza como lo que resta de una operación matemática y en el plano de la controversia intersubjetiva (por ejemplo, diferencias sociales, ideológicas, de género).

Estas referencias semánticas diversas confluyen en la noción genérica de «diferencias» que subtienden la constitución subjetiva. También aportan matices para la elaboración conceptual en psicoanálisis, ya que en lugar de delimitar y excluir, pueden ser coexistentes. Tal como plantea Leticia Glocer

3 Existen diferentes corrientes psicoanalíticas que utilizan de modo diverso el concepto de intersubjetividad. Kaës lo distingue de lo que pudiera sugerir lo interaccional comportamental, enfatizando la determinación inconsciente y pulsional de la intersubjetividad. Subjetividad e intersubjetividad no pueden ser pensadas separadamente, y constituyen realidades psíquicas con lógicas propias interrelacionadas.

(2015) «es la diferencia en la intersección de sus múltiples planos y significaciones, la que marca el camino de los procesos de subjetivación» (p. 204), aunque el eje central de su elaboración es trabajar la noción de diferencia sexual.

En mi recorte del problema, la diferencia sexual forma parte del contexto intersubjetivo que contiene el devenir intrapsíquico individual, donde quiero destacar *el proceso de construcción de los andamios de las diferencias que se van armando en forma progresiva desde la parentalidad para dar soporte a los registros de mayor complejidad, como son los de la sexuación.*

Introducir al niño en este universo de las diferencias no es un hecho que ocurre naturalmente en todos sus matices, sino que depende de una larga cadena que se construye desde antes del nacimiento, con la inscripción de la diferencia en el vínculo parental, ubicados ambos *partenaires* en lugares recíprocos. Este aspecto de condición estructurante para el hijo que surge de la asimetría generacional me lleva a proponer la idea de una *función diferenciadora parental.*

Preferimos esta denominación, y no una que haga alusión a la *diferenciación*, ya que esta evoca en primer término la problemática de la diferenciación yo-no yo, que es uno de los procesos fundamentales que ocurren en la estructuración psíquica. Me propongo retomar un sentido más genérico, referido a *la acción de marcar diferencias, y permitir así inscripciones de las mismas en el psiquismo y en el vínculo*, lo que prepara el camino para el reconocimiento de la alteridad, apoyada en la diferenciación yo-no yo. *La función diferenciadora, así entendida, se relaciona con la función de corte y con lo simbólico, pero tiene un sentido más amplio que la función de corte, en el sentido de que va dejando inscripciones preparatorias de efectos de corte.* Es decir que ambas funciones se relacionan, pero mientras la de corte está referida a la prohibición y la ruptura del anhelo de fusión, *la función diferenciadora* abarca una multiplicidad de versiones de las diferencias que construyen la intersubjetividad.

LA PARENTALIDAD Y SUS FUNCIONES

Considero que el concepto de funciones parentales tiene ventajas sobre los conceptos de función materna y paterna, ya que colabora a desligar las categorías masculino-femenino de las de paternidad-maternidad y permite

un mayor interjuego de las funciones tradicionalmente atribuidas a lo materno o lo paterno, acompañando el desarrollo de las teorías de género y los cambios socioculturales en cuanto a la diversidad sexual y los nuevos modelos de familia. Esto se refleja en el trabajo clínico si enfocamos el trabajo de las dificultades de la parentalidad como un conjunto dinámico que abarca la situación de padre y madre en interrelación, o bien de sus sustitutos. Otro factor que pone la parentalidad en primera línea es la jerarquización de la cualidad simbólica de las funciones por encima de la adjudicación a las personas que las ejercen, sea cual sea su sexo o género, o el componente biológico de la filiación.

En su vertiente libidinal, la parentalidad es un proceso singular de transformación psíquica que se crea en una pareja o en un sujeto a través de experiencias intrapsíquicas e intersubjetivas que van desde el deseo de hijo, el advenimiento del hijo como otro diferente y el tránsito del niño de la dependencia absoluta a la independencia.

En mi trabajo clínico con niños y el trabajo con padres y parejas, concibo las funciones parentales como la apropiación subjetiva de rasgos que provienen de distintas fuentes: el cuerpo sexuado y erógeno, la historia identificatoria personal, la bisexualidad psíquica, los modelos de género provenientes de la cultura y la herencia familiar y transgeneracional.

Tomando la perspectiva de J. Benjamin (1995/1997), «cada objeto de amor corporiza múltiples posibilidades de igualdad y diferencia, de masculinidad y feminidad, y una relación amorosa puede realizar una multitud de funciones» (p. 153). De este modo, «lo parental» será encarnado de distintas formas por la figura materna o paterna, o sus sucedáneos, a través de distintas funciones. Estas son propuestas por la cultura, apoyada en factores de época y biológicos. Por ejemplo, el rol biológico de la mujer durante el embarazo y la lactancia tiene un papel determinante en cuanto a la función materna. La cultura recoge esta pregnancia, que se refleja en las teorías. La función materna ha sido caracterizada como aquella que aporta el sostén, la narcisización y la semantización primaria, y la función paterna, como portadora de la posibilidad de corte o separación, así como introducción del orden simbólico en el mundo del infante.

Como señala Leticia Glocer (2013), la concepción teórica según la cual se asimilan la función paterna y lo simbólico muestra las trazas de un

modelo de sociedad patriarcal, androcéntrica, que aparece en la obra de Freud y luego de Lacan. Se ubica a la madre en el lugar de la naturaleza, reteniendo al hijo, y al padre en el lugar de la cultura, rescatándolo de la madre. Por ello propone hablar de «función tercera», independientemente de quien la ejerza y destacando la posibilidad de posición simbólica en la madre.

LA INTERSUBJETIVIDAD COMO ENTRAMADO DE LAS DIFERENCIAS

Me interesa contextualizar cómo se construye el sujeto del vínculo⁴ en sus determinantes inconscientes y en los intercambios corporales tempranos, en una perspectiva que conjuga lo intersubjetivo y lo intrapsíquico, y los movimientos histórico-estructurales. Entre intersubjetividad y cuerpo se arma la matriz del psiquismo. El vínculo de los inicios designa la trama que contiene al bebé y a su madre o cuidador primario. Se trata de un vínculo asimétrico, en el cual el adulto es portador de un bagaje propio que, en el mejor de los casos, ha recorrido procesos de subjetivación que incluyen deseos inconscientes, identificaciones, reconocimiento de la alteridad, de la diferencia sexual y de género. Lo sexual aparece en escena y se impone desde el adulto, como bien lo desarrolló Laplanche. Este orden de diferencias relativas al ámbito narcisista y sexual, con su impronta cultural particular, es vehiculizado en el deseo parental, impregnado de fantasmas inconscientes que introducen en el psiquismo del bebé elementos que pueden ser estructurantes o que se presentan a modo de exceso, donde lo diferente se transforma en un cuerpo extraño, invasivo, que no permitirá su subjetivación, o bien se produce un empobrecimiento de la subjetividad

4 El concepto de *vínculo* es utilizado por distintos marcos teóricos y con diferentes matices. La idea de vínculo intersubjetivo de Kaës (2008) designa una realidad psíquica inconsciente específica construida por el encuentro de dos o más sujetos y la coconstrucción de un espacio común en el seno del cual se despliegan procesos y formaciones inconscientes específicas. El sujeto del vínculo es el sujeto del inconsciente. El *vínculo* designa la relación con el objeto exterior e incluye la relación interiorizada o relación de objeto, y Kaës (1999) señala que «hay un más (un en-plus) que hace al otro irreductible a la representación que tengo de él» (p. 87).

Por mi parte, creo que el *vínculo* también refiere a diferentes lugares y posiciones que lo constituyen, y en ese sentido tiene una connotación simbólica.

por borramiento de las diferencias.

En este tiempo mítico de los orígenes, me interesa destacar los registros corporales y sensoriales que se dan a través del diálogo tónico-emocional, apoyado en las variaciones del tono muscular de la díada y la trasmisión de emociones cuerpo a cuerpo que permiten experiencias de contención y transformación de las emociones. Se alternan momentos de fusión ilusoria, de sintonía corporal, basados en la capacidad para vivenciar lo que vivencia el otro, con discontinuidades y rupturas. Esto dará lugar a ritmos, a partir de marcadores de diferencia en los intercambios, entre la sintonía y su pérdida, la calma y la excitación, etc. Las diferencias se introducen a partir de pares de opuestos: tensión-distensión, placer-displacer, satisfacción-frustración, presencia-ausencia, etc., que marcan un hiato entre la excitación-tensión (moción pulsional) y la respuesta. Las primeras marcas de las diferencias se dan en el cuerpo y a través de los cuerpos, antes de acceder a procesos de simbolización y a posteriores transcripciones. Siempre quedan restos no simbolizables, pero que permanecen en los fundamentos del psiquismo. Las «diferencias» introducidas por el otro y la irrupción de afectos concomitantes dan lugar a las huellas o inscripciones de la experiencia. Se van, pues, estableciendo marcadores de diferencias entre las necesidades/deseos del bebé y las acciones/deseos del otro, en un interjuego estructurante entre fusión y diferenciación. Es así que la distinción yo-no yo en el bebé es efecto de estos movimientos pivoteados por las diferencias en un registro corporal del vínculo, que devendrán progresivamente psíquicas a partir del efecto transformador de este. Desde la madre, este ir y venir entre ser objeto y sujeto para el niño supone una función simbólica. Esto abre a la intersubjetividad en general.

La teoría de Winnicott (1959/1991, 1953/1997, 1968/1997) sobre el desarrollo temprano ofrece aportes muy valiosos para pensar esta temática. Él plantea la existencia de tres tiempos lógicos en la perspectiva que el bebé tiene de los objetos, que podemos pensar en términos del grado de registro subjetivo de las diferencias, por un lado, y también de la presentación de las diferencias por parte de la madre. En el primer tiempo, que es de fusión, es importante que la madre haga coincidir el ofrecimiento del pecho en el momento en el que el bebé lo alucina. De este modo, el bebé tiene la ilusión de crear el pecho, y esto se denomina *objeto subjetivo*, que tiene las

cualidades deseadas y proyectadas. En esta etapa predomina la experiencia de semejanza entre fantasía y realidad. En un segundo tiempo, la madre-ambiente comienza a presentar diferencias con lo que el bebé espera (demoras, disritmias, etc.). Esto es registrado como *oposición* a su motilidad natural, que es la forma primitiva de la agresión. La excitación instintiva, o «amor excitado» con el cual el bebé busca el pecho, se acompaña de la fantasía de destrucción del objeto. Winnicott considera fundamentales estas diferencias, o fallas, como parte de una pérdida progresiva de la sincronía madre-bebé, provenientes de una madre «suficientemente buena». Es decir, que ha sido capaz de ofrecerse a que el bebé la viva como objeto subjetivo y, al mismo tiempo, comienza a mostrarse en sus diferencias como un objeto externo que no le devuelve exactamente lo que él espera.

En un tercer tiempo, para que el niño tenga un registro de la alteridad es necesario que el objeto sobreviva a la agresividad. Esto funda la realidad, una realidad compartida con aquello que es diferente de sí mismo. El llamado *objeto de uso* es el objeto que es percibido con características propias y que, por tanto, desilusiona. El niño puede manipularlo en la realidad, no como parte de sí mismo, por lo que reconoce que él y el objeto son diferentes. Ya no es un objeto creado, sino encontrado y con una continuidad en el mundo externo, por fuera de sus deseos. Si el objeto es destruido, permanece idealizado y omnipotente, fuera del alcance del sujeto. No hay uso ni alteridad.

El *objeto transicional* está relacionado con la paradoja de la preservación de la ilusión creativa a pesar del descubrimiento de la realidad. La transicionalidad de Winnicott es un aporte fundamental para pensar esta difícil negociación entre lo interno y lo externo, la realidad psíquica y la realidad externa. Nos ayuda a concebir el procesamiento de las diferencias ligado al surgimiento de la creatividad, y con ella de la capacidad de atribuir infinidad de matices a las cosas del mundo y a las personas. El objeto «creado» a medida del deseo y de la fantasía puede ser semejante y diferente del objeto externo, simultáneamente. Al mismo tiempo, son los objetos externos primarios los que permiten aprehender la complejidad del mundo en términos de semejanzas y diferencias. Esto permite construcciones mentales «en transición», tolerables para la subjetividad y parcialmente compartibles, para ir asimilando la realidad externa poco a

poco, transando con ella a partir de su ajenidad. Por eso Winnicott habla del objeto creado-encontrado. Como contraparte de los procesos creativos, Ogden (2016) señala que la utilización sistemática del pensamiento mágico omnipotente no permite la creación de una genuina experiencia del self. La realidad creada omnipotentemente «carece de la pura inamovible alteridad de la realidad externa actual [...] Si no hay no-Yo, puede no haber Yo. Sin otro diferenciado, uno es todos y ninguno» (p. 21).

En cuanto al proceso de la diferenciación yo-no yo, me interesa discutir la forma en la que es presentada en muchas teorías psicoanalíticas la idea de una indiferenciación inicial del niño con su madre. Investigaciones realizadas en las últimas décadas por autores como Stern (1985/1991) Beebe (1985, 1994), Beebe y Lachmann (1988), y Trevarthen (1993) plantean la capacidad del bebé para reconocer al otro como diferente de sí, casi desde el nacimiento. *Mi postura es que la indiferenciación-diferenciación constituyen dos polos de la tensión intersubjetiva desde el inicio.* Para ello, en el encuentro con el primer objeto significativo, el bebé normalmente equipado experimenta la semejanza y la diferencia como dos caras necesarias de los procesos de inscripción de las diferencias que se producen en su psiquismo. Ambas son el pivot de los procesos de identificación tempranos. Las identificaciones se apoyan, entre otras cosas, en la inscripción del par semejanza-diferencia, que excede e incluye la diferencia sexual.

La *función diferenciadora parental* tal como la propongo opera desde la madre o el cuidador primario, sustentada en el reconocimiento previo del lugar del otro parental como diferente de sí, además de la necesidad de la presencia de ese otro. Sin embargo, es fundamental la aparición para el niño de un tercer objeto, para redimensionar la diferencia, resignificar de un modo nuevo, en un espiral progresivo de complejidad, el universo de diferencias vivenciado con el objeto primario. Este tercer objeto introduce un *tercer lugar* en el mundo intersubjetivo y en las representaciones internas del bebé. Hablo de tercer objeto y de tercer lugar, como una configuración independiente del sexo o del género del objeto, considerando que el reconocimiento de la *otredad* es condición para ocupar los lugares relativos y diferenciados del deseo edípico. El advenimiento de los hermanos y «lo fraterno» también es un fenómeno fundamental en cuanto al procesamiento psíquico de las diferencias, de lo tercero y de la alteridad.

Quiero destacar, entonces, el valor de esta *función diferenciadora* como parte esencial de la parentalidad, que se inicia en el nivel diádico del funcionamiento psíquico, pero puede solo consolidarse en el nivel triádico del mismo. Como he tratado de mostrar, la incorporación de la noción de *diferencias* involucra muchas dimensiones de la constitución psíquica y de la vida relacional. Se destaca la importancia que tiene para los procesos de representación, significación y constitución del sistema de la lengua. Permite la posibilidad de ir más allá de la lógica binaria, el logro de un pensamiento complejo y una creciente simbolización. Es consustancial al reconocimiento de la alteridad, la evolución del narcisismo, el establecimiento de las diferencias sexuales y el proceso de adquisición de la identidad de género.

LA FUNCIÓN DIFERENCIADORA EN LA TAREA CLÍNICA

Me he propuesto articular y ampliar la importancia de la inscripción de las diferencias desde el ángulo de la parentalidad y elevarla al nivel de función para elaborar el polo narcisista de los vínculos, en el cual reside el baluarte más difícil de trabajar en la clínica.

Como hemos visto, la parentalidad supone asumir en forma conjunta las diferentes funciones en una modalidad dinámica, sin roles fijos, de acuerdo a los diferentes momentos vitales del hijo y de ellos mismos. Quién o quiénes asumen una función y de qué modo la ejercen harán a la singularidad del modelo que construye una familia. De la operatividad o las alteraciones que se producen en la estructura dependerá la necesidad de introducir cambios desde nuestra intervención.

La *función diferenciadora* no depende principalmente de la orientación sexual de quienes la ejercen, sino del reconocimiento de la diferencia, por parte de los padres, de que se necesitan dos para dar lugar a un nuevo ser, un pasaje de dos a tres, todos diferentes entre sí. También se debe reconocer el género del hijo, la existencia de dos sexos y sus diferentes funciones para la concepción.

El universo de las diferencias emerge sobre el trasfondo ilusorio de la fusión sin fisuras, de lo homogéneo y lo especular que configura el campo narcisista necesario en los inicios de la vida. Este campo se reactualiza

una y otra vez en la búsqueda de otro que sienta y piense igual, que me refleje, que sincronice su deseo con el mío, que no «altere» la ilusión de una armoniosa unidad totalizadora, y eludir así el sentimiento de pérdida, carencia y separación.

La alteridad es una figura ambigua desde que aparece a través de un semejante auxiliador que ampara y frustra, marcando una separación. La relación de filiación es en sí misma paradójal, ya que supone una continuidad genética y el legado de una línea de parentesco, y produce al mismo tiempo un traumatismo ineludible en el encuentro entre unos padres y un nuevo ser que siempre es sorprendente, solo idéntico a sí mismo. El niño al nacer también introduce una diferencia entre lo que los padres desean, imaginan, y lo que el niño es e irá siendo. Del lado del niño todo es impuesto desde una exterioridad radical: destinado a constituirse en sujeto a través de una cultura y del deseo inconsciente de unos padres, biológicos o no, que no se eligen. El desafío de nuestra práctica es poder ubicarnos en una *función diferenciadora* que permita trabajar el sufrimiento producido por las alteridades. ♦

RESUMEN

La autora se propone articular y ampliar la importancia de la inscripción de las diferencias desde el ángulo de la parentalidad y elevarla al nivel de función, denominándola *función diferenciadora parental*, destacando de este modo su cualidad simbólica. En el trabajo clínico, se hace presente integrada con la función analítica al trabajar el polo narcisista de los vínculos entre padres e hijos. Cobra un carácter ético en el posicionamiento del analista frente a lo diverso de los pacientes. Esto se vuelve especialmente importante en la sociedad contemporánea, donde se advierte una profunda intolerancia a las diferencias de todo tipo, tomando en cuenta la intrincación entre el nivel individual y social.

El reconocimiento de las diferencias supone una larga cadena que se inicia antes del nacimiento, en la pareja parental, y que luego se apoya en los movimientos de inscripción psíquica en el niño, en el marco de la intersubjetividad. El texto destaca el proceso de construcción de los andamios de las diferencias, a partir del vínculo corporal temprano como apoyo de los registros de mayor complejidad, como la sexuación. La función diferenciadora se presenta como parte esencial de la parentalidad, que se inicia en el nivel diádico, pero solo puede consolidarse en el nivel triádico del funcionamiento psíquico.

Descriptores: PARENTALIDAD / FUNCIÓN PATERNA / NARCISISMO / DIFERENCIACIÓN / SUBJETIVACIÓN / INTERSUBJETIVIDAD

SUMMARY

The paper suggests an articulation and extension of the importance of the inscription of differences, from the perspective of parenting, so as to raise it to the standard of a function, naming it *differentiating parental function*, thus emphasizing its symbolic quality. In clinical work, this function is integrated into the analytical function when working with the narcissistic pole to be found in the bonds between parents and children. It acquires an ethical character in the analytical stance, in the face of the diverse nature of our patients. This is especially important in contemporary society, where a

profound intolerance to all kinds of differences can be found, taking into account the intricacy between the individual and the social level.

The recognition of differences assumes a long chain of events that starts before birth, in the parental couple, and is afterwards supported by the movements of psychic inscription in the child, within the frame of intersubjectivity. The text highlights the construction process of the scaffoldings of differences, from the primary bodily bond as a support for more complex levels, such as sexuation. The differentiating function is presented as an essential part of parenting, which begins in a dyadic level, but can only be consolidated in the triadic level of psychic functioning.

Keywords: PARENTALITY / PATERNAL FUNCTION / NARCISSISM / DIFFERENTIATION / SUBJECTIVATION / INTERSUBJECTIVITY

BIBLIOGRAFÍA

- Beebe, B. (1985). Mother infant mutual influence and precursors of self and object representations. En I. Masling (comp.), *Empirical studies of psychoanalytic theories* (vol. 2). Hillsdale: Analytic.
- (1994). Representation and internalization in infancy: Three principles of salience. *Psychoanalytic Psychology*, 11(2), 127-165.
- Beebe, B. y Lachmann, F. M. (1988). The contributions of mother-infant mutual influence to the origins of self and object representations. *Psychoanalytic Psychology*, 5(4), 305-337.
- Benjamin, J. (1997). *Sujetos iguales, objetos de amor: Ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1995).
- Freud, S. (1986). *Proyecto de psicología*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1, pp. 323-461). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original escrito en 1950 [1895]).
- Glocer, L. (2013). Deconstruyendo el concepto de función paterna: Un paradigma interpelado. *Revista de Psicoanálisis*, 70(4), 15-25.
- (2015). *La diferencia sexual en debate: Cuerpos, deseos y ficciones*. Buenos Aires: Lugar.
- Kaës, R. (1999). *Les théories psychanalytiques du groupe*: París: PUF.
- (2007). *Un singulier pluriel*. París: Dunod.
- (2008). Définitions et approches du concept de lien. *Adolescence*, 26(3), 763-780.
- Ogden, T. (2016). *Reclaiming unlived life: Experiences in psychoanalysis*. Londres: Routledge.
- Stern, D. (1991). *El mundo interpersonal del infante*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1985).
- Trevarthen, C. (1993). The self born in intersubjectivity: An infant communicating. En U. Neisser (ed.), *The perceived self: Ecological and interpersonal sources of self-knowledge* (pp. 121-173). Nueva York: Cambridge University Press.
- Trevarthen, C. y Aitken, K. (2001). Infant intersubjectivity: Research, theory, and clinical applications. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 42(1), 3-48.

Winnicott, D. W. (1991). El destino del objeto transicional. En *Exploraciones psicoanalíticas* (vol. 1). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1959).

— (1997). El uso de un objeto y la relación por medio de identificaciones. En D. W. Winnicott, *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1968).

— (1997). Objetos transicionales y fenómenos transicionales. En D. W. Winnicott, *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1953).